¿Qué pasa ahí abajo, en el sur?

Paloma Blanco Díaz

¿Qué pasa ahí abajo, en el sur? Yo hacía la pregunta en las reuniones que teníamos en el norte sin obtener jamás la respuesta que me lo aclarara.
Jacques-Alain Miller
17 de Octubre de 1991.
Anuario del Grupo de Estudios Andaluz de la Escuela Europea de Psicoanálisis, 1997.

Hace tres años, asumí con alegría y profundo interés la propuesta de Manuel Montalbán, Director de la CdA- ELP, de coordinar el Espacio-Pase de nuestra Comunidad. Tras las permutaciones preceptivas de los cargos de la Junta Directiva, he vuelto a asumir este año, con el mismo vivo deseo, la propuesta por parte de nuestro nuevo director, Rodolfo Pujol Ríos, de seguir tomando a mi cuidado este espacio.

En la página web de la Asociación Mundial del Psicoanálisis a la que pertenece nuestra Escuela, leemos: "El Pase es un dispositivo inherente al concepto mismo de Escuela. Fue inventado por J.Lacan para investigar qué es el fin de análisis, esta investigación se realiza a partir de los testimonios de aquellos sujetos que han terminado su análisis y que manifiestan a la Escuela su deseo de trasmitir lo que en esa experiencia han obtenido.

Un dispositivo cuidadosamente diseñado recoge el testimonio del “pasante” a través de dos “pasadores” que lo trasmiten a un jurado, el Cartel del Pase, que lo evalúa. Si el Cartel considera que hay evidencias suficientes de que se ha llegado al final del análisis entonces da al “pasante” el título de AE Analista de la Escuela. Este deberá testimoniar públicamente a la comunidad y hacer una enseñanza a partir de su experiencia durante los siguientes 3 años.

Así pues, una Escuela de orientación lacaniana no puede ser entendida sin situar en su centro la pregunta siempre relanzada, siempre inconclusa en su respuesta, de qué es un psicoanalista. Esta pregunta nos interroga por la causa que nos orienta, por los fundamentos del psicoanálisis y por el estatuto mismo del inconsciente.

El pase es una de las herramientas privilegiadas del psicoanálisis del siglo XXI para devolver su filo cortante a la verdad freudiana.

Quizá ha sido precisa la andadura, el recorrido de estos años, primero como comunidad de la EEP y luego de la ELP, para que podamos y debamos hablar en Andalucía del pase, del pase de la Escuela y también del pase de la Comunidad. Considero que es a la luz que la lógica del pase nos aporta, como podemos y debemos interpretar y orientar nuestra Comunidad. Es en esta lógica en la que podemos y debemos valorar el crecimiento de las Sedes, que no es otro que el desarrollo del trabajo epistémico en lo real que nos orienta y sus consecuencias efectivas como pueden ser, entre otras, no solo el número de actividades, sino la calidad, el nivel y la innovación de las mismas, el número de socios, su compromiso, su pasaje a miembros de la Escuela, la participación de éstos y de los miembros, en las actividades de la ELP y el Campo Freudiano, la calidad de sus trabajos, la autorización a hablar con voz propia, el interés por parte de otras comunidades, de la Escuela misma, en nuestro trabajo. Como afirmó en su momento JAM, el juicio final es cada día y esto es aplicable a nuestras Sedes de recelosa personalidad. Considero también que la salida no será válida si es solo para unos pocos, es el momento de pasar definitivamente de la ética de las intenciones y loables propósitos, a la ética de las consecuencias. Es indudable que la orientación por lo real debe ser el norte de nuestra brújula; esta orientación no es ajena a la intensión y a la reducción, que aportan el filo y la intensidad adecuada a nuestra práctica. La extensión operativa y efectiva del discurso del psicoanálisis que nos concierne y convoca es fruto de ello. No puede ser de otra manera ni por otras vías, que a lo que tenderían, entonces, es a difuminar, diluir o, en el peor de los casos, a disgregar y producir una falsa multiplicidad para ignorar y taponar lo real. Cada Sede debe ser capaz de sostenerse, de sostener el discurso del analista y de sostener la Escuela. No se trata de que nos sostengamos unas a otras, sino de que seamos capaces de sostener la Escuela que es la única razón de ser de nuestras Sedes. Y el pase, la razón de ser de cada Escuela.

Efectivamente, lo simbólico no es ya hoy lo que era; afortunadamente, añadiría, y queremos dilucidad el real que nos concierne en el siglo XXI. Esto tiene consecuencias para la cura y para nuestra formación como analistas. Lo simbólico no es ya lo que era porque nunca lo fue, porque, entre muchos otros aspectos, no es, desde luego, lo que puede orientarnos como analistas y miembros de nuestra comunidad. Lo que nos orienta es lo real, la insistencia de lo que no cesa de no escribirse y la pregunta, cuya respuesta no cesa de quedar inconclusa, de qué es un analista. La herramienta, el dispositivo que

conforma adecuadamente esta pregunta en la Escuela se llama pase y es por ello que este debe ser el eje que vertebre el trabajo de nuestra Comunidad.

Lacan concibió su Escuela como refugio y base de operaciones frente al malestar en la cultura. En la encrucijada contemporánea el malestar en la cultura ha dado paso a la crisis de la civilización que se llama discurso capitalista y el bien supremo que ordena, es el imperativo de un gozar a toda costa, por encima de todo y de todos. La miseria actual no consiste en la falta de objetos de consumo, presentes por doquier en los barrios más depauperados de cualquier gran ciudad, en las bolsas de miseria de todo el mundo. La miseria actual consiste en el empobrecimiento del sujeto y sus recursos simbólicos para tratar la castración y la imposibilidad, gracias a la supremacía del imperativo de goce del súperyo, que deja al ser hablante a solas con la pulsión de muerte. Los semblantes que sostenían, ordenaban y daban sentido al mundo han iniciado una carrera hacia lo obsoleto que es imparable y no merecen ningún ejercicio de nostalgia; la crisis económica de los mercados financieros no es más que una expresión de este movimiento y un ejercicio del miedo como arma de poder y control de las subjetividades.

El discurso capitalista se caracteriza por el rechazo de la imposibilidad y el rechazo del amor, porque el amor digno de este nombre hunde sus raíces en ésta. El discurso del psicoanalista es el único discurso que hace de la imposibilidad el motor de su acción, gracias al amor que no retrocede frente a la castración incurable. Esto permite desenmascarar la negación de la imposibilidad como el secreto de todo ideal y todo vigor de cualquier imperativo de goce; abre una dimensión del fracaso que lo hace logro, cuando se convierte en un compromiso con la singularidad del sujeto que es también su soledad incurable. El psicoanálisis no retrocede frente a la imposibilidad; de ella hace causa, y tomar partido por la división del sujeto forma parte de la ética que orienta nuestra política y nuestra clínica.

El psicoanálisis, desde su invención, propone una nueva lógica del vínculo con los otros. Hace de la solitaria e irreductible soledad de cada uno, eso que tenemos en común con los otros. Es la posibilidad de hacer con la imposibilidad, con la singularidad que tenemos en común, una lógica amorosa que es un nuevo amor, un vínculo inédito. En la época del rechazo de la imposibilidad y del amor, el psicoanálisis toma su mayor vigencia, se hace incluso una herramienta imprescindible por su eficiencia para tratar la angustia y el dolor de la contemporaneidad.

Cada testimonio de pase es una transmisión de un acontecimiento harto extraño: cómo lo simbólico logró incidir sobre un real de goce, transformándolo. Decimos testimonio porque se trata de una transmisión de lo que es imposible de decir, nombrar y representar; es la transmisión de lo que ha sido la experiencia de lo imposible, de lo real para un sujeto y el tratamiento que ha podido darle a esta experiencia. Este acontecimiento singular en cada sujeto, e irrepetible bajo la misma fórmula, demostrará una transmisión lograda si produce efectos y consecuencias en la Escuela misma y la causa que la habita; efectos y consecuencias en cuanto a saber cernir un poco más ese real plural que nos orienta. Hay transmisión cuando ese saber producido provoca y relanza la propia producción de cada uno.

La experiencia de un análisis transforma en el sujeto su modo de amar, de trabajar, de tomar la palabra, de leer y de escribir; el análisis transforma la vida y también su conclusión. Lo real en juego, para nosotros, es la substancia de goce y sus transformaciones a lo largo de la experiencia analítica y la Escuela se construye en la tarea de examinar e interrogar esas transformaciones. Es por esto que el espacio sobre el pase nos concierne a todos y cada uno de los que consentimos en dejarnos atravesar por la experiencia del inconsciente a la que el discurso del analista nos convida.

Cuál es el umbral, cómo es la travesía y cuáles las transformaciones producidas en el transcurso de un análisis. Qué empuja a un sujeto a dar testimonio de su experiencia del inconsciente, de sus avatares y vicisitudes, de los efectos de ciframiento y desciframiento, del inicio y el final, del más allá del final, del indecible y de la decisión. De lo que cambia y lo que no, de lo que se transformó y de lo que permanece como incurable. Cuáles son los límites de la cura y cómo hacer practicable lo que del síntoma permanece incurable. Qué arti-ficio es posible con ambos.